

ACERCA DE LA PIEL DEL TAMBOR

CARLOS ORNELAS

Un hacker es capaz de llegar hasta la misa computadora del Papa en el Vaticano y denuncia que una vieja iglesia en Sevilla lucha por mantenerse en pie, aun matando gente; sí, el templo asesina para sobrevivir. Ese es el principio de la trama mediante la cual Arturo Pérez-Reverte nos interna en una aventura del fin del siglo veinte y nos hace pasar una tras otra las casi 600 páginas de su novela, *La piel del tambor* (Madrid, 1995). Pérez-Reverte demuestra una vez más su calidad de narrador, su imaginación fecunda, su dominio del lenguaje y, en una combinación de varios géneros, su capacidad para transportar al lector a paisajes que aunque nunca haya visitado, siente que está allí mismo.

La piel del tambor es una historia de misterio y aventuras, con una estructura impecable y un estilo que hace que uno arrecie los deseos de continuar la lectura, aunque el sueño se lo trate de impedir. También es un conjunto de retratos hablados de personajes humanos, mortales sencillos, que en juegos de poder, dinero y sueños frustrados nos muestran la mezquindad y la bondad, la arrogancia y la lealtad a principios, aunque ya se hayadejado de creer en ellos. Hay pasajes que se leen con una sonrisa y otros cuya fuerza dramática hacen que uno sienta simpatía o animosidad en contra de algún personaje. Pérez-Reverte tiene la virtud de hacer sentir al lector que es un observador de primera fila; las descripciones de sus escenas parecen sacadas de películas que uno no ha visto todavía, pero que se las puede imaginar con facilidad.

Al igual que en sus novelas anteriores, no obstante que los enredos son fantásticos, ficción pura, todo es creíble. Los diálogos son de personas normales, en un lenguaje cotidiano y evocan situaciones reales, una cualidad rara en narradores hispanohablantes. Como en *El maestro de esgrima* (1988), *La tabla de Flandes* (1990), *El club Dumas* (1993), los personajes centrales de Pérez-Reverte tienen algo de detectives pero no lo son en sentido estricto, aunque siempre resuelven uno o varios misterios en una novela, pero esa no es su profesión. No se parecen a los personajes europeos y aristocratizantes de Arthur Conan Doyle, Sherlock Holmes o Agatha Christie, Hércules Poirot y Miss Marple, tampoco al de Patricia Highsmith, el heterodoxo y cínico, Tom Ripley, que usan su poder de deducción o talentos innatos para resolver sus casos. Menos aún se asemejan a los tipos rudos como Doghouse Reilly de Raymond Chandler o Mike Hammer de Mikey Spillane, a quien uno inmediatamente se imagina como Humphrey Bogart o Stacy Keatch, dados los estereotipos que formó el cine negro estadounidense; estos protagonistas se basan en el instinto, el uso de la fuerza y en soplones para deducir de manera más o menos arbitraria quién o quiénes son los culpables. Los héroes de Pérez-Reverte son instructores de esgrima cansados de andar en aventuras, restauradoras de pinturas antiguas sin experiencia en el tráfico ilegal de arte o libreros de viejo, apoyados siempre por seres comunes que no tienen nada de extraordinario.

El personaje central de *La piel del tambor* es un jesuita, entre mundano y creyente, que a sus cuarentaitantos años trabaja en los sótanos de la política vaticana, nada menos que en el Instituto para las Obras Exteriores, o el ámbito fenicio de la Iglesia Católica Romana. Al padre Lorenzo Quart, su arzobispo, adherido a los modernizadores del

Vaticano, le encomienda encontrar a quien violó los rigurosos códigos de la red vaticana de computadoras y le advierte el riesgo de echarse de enemigo al defensor de la ortodoxia, el cardenal polaco Iwaskiewics, prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, antes conocido bajo el nombre del Santo Oficio y más popularmente como la Santa Inquisición; establecimiento de triste memoria que aun evoca terror y miedo.

La indagación de Quart lo lleva a encontrarse con dos damas aristócratas en plena decadencia, pero que conservan, al menos en la superficie, algo de la vieja nobleza andaluza. Las duquesas del Nuevo Extremo, madre e hija, se enfrentan al villano de la obra, Pencho Gavira, quien trata de derribar a Nuestra Señora de las Lágrimas, comprar el terreno a la municipalidad de Sevilla y hacer edificios modernos. Pencho es, además, el esposo de la duquesa joven, Macarena Bruner, de quien se ha separado porque le pone los cuernos con un torero y antes lo engañó con otros hombres tal vez en venganza porque Pencho andaba a su vez con otras mujeres; no obstante, ambos se aman mutuamente. La pareja vive en una relación de amor-odio que le pone sazón a la novela y la tiñe un poco de rosa, pero sin cursilería.

La defensa de la vieja y casi derruida iglesia, la llevan el párroco, un viejo cura pueblerino de 64 años, don Príamo Ferro, que no duda en vender clandestinamente obras de arte y joyas religiosas para reparar la iglesia; una monja estadounidense, Gris Marsala, medio liberada que usa pantalones vaqueros, que gasta su vida en mantener a flote retablos y altares antes de que sean ruinas y se pierdan irremediamente. El sacerdote joven, que fue enviado por el Arzobispo de Sevilla a espiar al padre Ferro y que luego se convirtió a la causa de la defensa del viejo templo. Las duquesas tienen interés en que la iglesia Nuestra Señora de las Lágrimas sobreviva por tradición —el fundador del linaje la construyó y ahí están enterrados sus antepasados— además, Macarena, para oponerse a los planes de su ambicioso marido.

La novela tiene otros personajes, los suficientes para contextualizar el asunto, brindar los momentos de comedia, enriquecer la intriga, agregar algo de escenografía, hacer más real a Sevilla o al Vaticano. Un acierto es mantener reducido ese número de protagonistas secundarios, ya que uno no tiene que hacer memoria a cada rato para situarse en la secuencia de la novela. Está Octavio Mendujano, el presidente del banco, próximo a retiro y que desea que su alumno en intrigas y negocios, Pencho, lo suceda, pero no a cambio de hacer sufrir a su ahijada Macarena y a su amiga entrañable y protegida, la duquesa del Nuevo Extremo, Cruz Bruner. El guardaespaldas y vicario de Pencho, Celestino Peregil, es malvado y torpe, jugador empedernido que gasta el dinero de su patrón en el juego y se ve obligado a contratar malandrines chambones, en lugar de gansters profesionales; estos protagonistas son una verdadera creación de personalidades: un truhán habanero, vividor, mentiroso y simpático, don Ibrahim, que embaucó a medio Sevilla con papeles falsos de abogado; una cantante gitana, la Niña Puñales, que tuvo popularidad efímera en los tablados sevillanos, que canta las saetas con inspiración divina a pesar de sus derrotas en la vida y su tendencia al alcoholismo, y el exboxeador y extorero golpeado en el corazón, la cabeza y el cuerpo, el Potro del Mantelete. A ellos les suceden todas las desgracias, pero al final no salen mal librados. No falta el inspector de policía, el periodista chapucero, otros clérigos del alto rango que aparecen en el momento preciso para apoyar a los personajes centrales.

Al abrir el penúltimo capítulo, Pérez-Reverte cita a Vladimir Nabokov y advierte a los lectores contra los finales felices, cuando se empiezan a destrabar los misterios. No obstante el lector perspicaz sospechará cómo se resolverán los crímenes y otros enigmas,

no dejará de asombrarse cuando el héroe de Pérez-Reverte, gracias a Macarena Bruner, encuentra a quien fue capaz de invadir la computadora personal del Papa y pedía su ayuda para evitar que la jerarquía sevillana derrumbara la iglesia. Igualmente, uno sospecha quién fue el asesino del tercer muerto en el templo, pero la respuesta definitiva al misterio depara más de una sorpresa. Queda a la imaginación de cada lector si en realidad a los dos primeros muertos los mató la vieja iglesia en defensa propia o fueron meros accidentes.

Al leer esta novela sentí que estaba en Sevilla, recordé la Giralda (de un documental que vi hace años) y la brisa del Guadalquivir, los muros arabescos y el hablar gitano, los bares y los callejones empedrados. Recorrí, junto con los personajes, la ruta de la plaza de toros a la Catedral, del Archivo de Indias a la Torre del Oro y los Jardines de los Alcázares. Nunca he visitado Sevilla mas, por las virtudes de *La piel del tambor*, creo que la conozco. Gracias a la narrativa ágil y directa, a la trama y a los diálogos que construyó Arturo Pérez-Reverte, visité Sevilla y resolví varios misterios en la mejor tradición de la novela de suspenso. Se la recomiendo a todo mundo.

La piel del tambor, Arturo Pérez-Reverte, Madrid, Alfaguara, 1995.